

MONOGRAFIA CULTURA

CULTURE MONOGRAPH

107

Contra la política cultural del estado

Against the cultural policy of the state

DEMANDADO 6-8-2019 REVISADO 14-9-2019 ACEPTADO 30-9-2019

Marc Fumaroli

Historiador y ensayista

Collège de France,
París

Palabras claves:
Cultura, política cultural, estado

Key Words:
Culture, cultural policy, state

RESUMEN Marc Fumaroli, ha declarado la guerra a la cultura de estado. Para él, las manifestaciones patrocinadas por los distintos gobiernos, de derechas y de izquierdas, lejos de llevar a una democratización, conducen a un conformismo de masas alrededor de unas formas vulgarizadas que poco tienen que ver con la adquisición de un verdadero saber. En su libro *El estado cultural. Ensayo sobre una religión moderna* (1992), Fumaroli arremete contra los dos ministros de cultura que, en Francia, han impulsado el control estatal sobre la producción artística y literaria, y que han servido de modelo muchos países europeos: André Malraux, ministro del general De Gaulle, y Jack Lang, hasta hace poco inamovible ministro socialista de François Mitterrand. A través de estos dos personajes contradictorios y sin embargo complementarios, se ha desarrollado una multitud de “eventos”, de “conmemoraciones” y

de "fiestas" cuyo pretexto era la cultura pero que no han estado exentos de preocupaciones mercantiles ni inmediato con el pretexto de objetivos políticos. Más allá de la crítica, Fumaroli vuelve a una concepción más "elitista" [o no estatista N.E.] del desarrollo cultural, con objetivos menos espectaculares, pero más ambiciosos, basados en una vuelta a la pedagogía tradicional y a una forma de transmisión directa. Una posición exigente y, sin duda, conservadora frente a una "sociedad del espectáculo" que ha ido invadiendo progresivamente todos los aspectos de la vida cotidiana, escuchándose a veces en la necesidad de un consumo inmediato con el pretexto de lo cultural.

Jacobo Machover

ABSTRACT Marc Fumaroli, has declared war on the state culture. For him, the demonstrations sponsored by the different governments, of the right and of the left, far from leading to democratization, lead to mass conformity around vulgarized forms that have little to do with the acquisition of true knowledge. In his book *The cultural state. Essay on a modern religion* (1992), Fumaroli attacks the two ministers of culture who, in France, have promoted state control over artistic and literary production, and who have served as a model for many European countries: André Malraux, Minister of General De Gaulle, and Jack Lang, until the recently immovable socialist minister of François Mitterrand. Through these two contradictory and yet complementary characters, a multitude of "events", "commemorations" and "parties" have been developed whose pretext was culture but which have not been exempt from mercantile or immediate concerns under the pretext of political objectives. Beyond criticism, Fumaroli returns to a more "elitist" [or non-statist N.E.] conception of cultural development, with less spectacular, but more ambitious objectives, based on a return to traditional pedagogy and a form of direct transmission. A demanding and, undoubtedly, conservative position vis-à-vis a "society of the spectacle" that has progressively invaded all aspects of daily life, sometimes listening to the need for immediate consumption under the pretext of culture.

Jacobo Machover

No estoy de acuerdo con el elitismo. Por el contrario, yo pienso que el sistema llamado “cultural” inventado durante los años sesenta en nombre de la democratización, es un sistema fundamentalmente elitista. Lo es porque no da al público los medios de desarrollarse gracias a la educación, a una preparación para abordar los grandes libros, las obras maestras de la pintura, de la música, del pensamiento filosófico, sin el cual buena parte de lo que se ha estado haciendo en Europa es incomprendible. Al privilegiar la difusión sobre la educación, se engaña a la sociedad, porque los que ya están educados se aprovechan de esa difusión mientras los demás, los que no están educados, se vuelven simples consumidores. Y la gran tentación de la sociedad contemporánea es la de transformar a la población [“ciudadanía”] en meros consumidores. Así, todo lo que va en contra de esa tendencia para mí es popular. Lo contrario revela un gran desprecio hacia el pueblo. ¿Dónde está el elitismo entonces? ¿De mi lado, que exijo que se retome la gran tarea que se habría fijado el siglo XIX, que era la de educar, o del lado de los que han renunciado a esa tarea y la han sustituido por la difusión cultural?

Nunca, es comparable el sistema cultural actual en Europa occidental a los sistemas de la Alemania nazi o de la Unión Soviética. Simplemente creo que hay una tipología de las políticas culturales en el siglo XX. En esa tipología existen algunas analogías, pero tampoco habría que exagerar su alcance. Esos parecidos de la tendencia generalizada en el siglo XX hacia los regímenes de masas. En el sistema occidental, están los rasgos más deseables y menos insoportables. Pienso que, incluso, existen importantes contrapesos. Yo, precisamente, intento acentuar esos contrastes para que no se siga progresando en el sentido de la masificación. La democracia se debe resistir a la masificación sin reagruparse alrededor de una élite sino, al contrario, ensanchando la base de la cultura, de la reflexión crítica, de la independencia en relación con los conformismos de masas. El sistema cultural tiende de manera irresistible a crear conformismos de masas.

La televisión es un instrumento de conformismo, no en su esencia, pero sí en su práctica. Un sistema de difusión cultural bien organizado también lo es, ya que invita a la gente a admi-

rar al mismo tiempo las mismas cosas. Tiene muchas dificultades para modificar sus paradigmas. Si tomamos el ejemplo del arte contemporáneo, nos daremos cuenta de que, desde hace treinta años, son los mismos artistas los que son favorecidos. Los artistas que no estén en el Parnaso de esa difusión cultural no tienen ninguna posibilidad de salir de su pequeño círculo, en el cual, por cierto, pueden sentirse muy felices. El arte contemporáneo es muy rico y muy variado. Pero existe un arte oficial, una red de difusión oficial, una burocracia oficial que funciona con sus propias categorías y que tiene los medios para perpetuar sus modelos.

En el estado cultural actual, una administración tiende siempre a perpetuar los principios sobre los cuales ha sido creada. Yo no identifico a Lang con Malraux. Se trata de personalidades muy diferentes, casi opuestas, pero ambos han estado a cargo de una maquinaria que ha evolucionado por su cuenta, cuyo credo apologético sigue siendo estable, porque hay que detenerse, después de todo. En el ministerio de Cultura, hay un servicio de estadística que revela, por ejemplo, que el número de visitantes franceses no han aumentado las entradas a los museos desde 1958. Si descontamos a los extranjeros que llegan y que llegarán cada vez más en masa (allí sí que se podrá ganar, cuando empiecen a llegar los visitantes chinos, por ejemplo), nos daremos cuenta de que lo que se preveía en un principio era más bien una democratización cultural en el seno de la población francesa. Y yo estoy convencido de que buena parte del público natural de los museos, los artistas, los jóvenes artistas, sobre todo, o la gente con tendencias contemplativas, va cada vez menos porque allí están las multitudes, y que los museos se han vuelto unos mastodontes que las multitudes van a visitar. Por otra parte, el público que realmente lee tampoco ha aumentado. Ese público ha sido formado por la escuela, no por el sistema cultural. Lo que ha evolucionado es una esfera de ocio y propaganda política cultural, dentro de la cual se desarrollan muchas cosas que no pueden ser asimiladas a la cultura. Para mí, es importante distinguir lo que pertenece al orden de la cultura, en el sentido más clásico, es decir el de una búsqueda interior profunda de sí mismo apoyada en los libros, en las obras de arte, en la música, de lo que se integra en el mercado del ocio. La voluntad de homogeneizar una so-

ciudad por la difusión igualitaria de valores falsamente “culturales” constituye una mentira hacia la sociedad y hacia esos mismos valores culturales, ya que éstos se encuentran reducidos a unas consignas conformistas que los vacían de su verdadero contenido intelectual, creativo y crítico.

Se opone la cultura de masas a la escuela, a la universidad... La escuela también se ha masificado. Ha perdido buena parte de su capacidad de resistencia a la sociedad de consumo, al universo del ocio y a la televisión. Pero, a pesar de todo, es la única esperanza que nos queda. Simplemente porque la escuela es el único lugar donde existe una relación directa, personal, entre el maestro y el joven. Esa vinculación casi física, que se manifiesta a través la voz y la presencia, no se encuentra en ningún otro lugar, excepto en el teatro. El, teatro y la escuela son los únicos remedios frente al universo tecnológico, masificado, abstracto, donde los hombres y las mujeres pierden su forma. Es una manera de intercambio, de transmisión de la tradición. Por ese canal pueden pasar el amor a las obras de arte, la comprensión de lo que nos une. En griego, escuela (schole) significa ocio. Es ese momento maravilloso en que los niños y los adolescentes, antes de entrar en la vida activa, tienen la oportunidad, única, de aprender cosas “inútiles” que les pueden brindar gran apoyo moral e intelectual, y que les van a permitir alcanzar una vejez hermosa. Tenemos en Europa tradiciones literarias, retóricas y de civilidad importantes. Y eso es lo que la escuela tiene que recuperar y transmitir. Sólo así podrá constituir un contrapeso a la invasión por el consumo y por la abstracción que constituye la cultura de masas y la política controladora del ámbito creativo y de difusión cultural.

